

PRÓLOGO

[p. 11]

Dos grandes tradiciones dan forma a la filosofía occidental desde hace un siglo aproximadamente: la filosofía analítica y la filosofía continental. Lo que fueron inicialmente estilos de escribir y transmitir filosofía ligados, además de a escuelas y doctrinas, a talentos personales, han acabado generando dos grandes familias de interlocutores filosóficos, dos amplias comunidades filosóficas, cerradas sobre sí mismas, a partir de la segunda mitad del siglo XX. El inconveniente de esta situación es que nadie en esta empresa, ni filósofos analíticos ni filósofos continentales, sabemos de antemano qué ideas relevantes caen de qué lado. No sabiéndolo, es obligación de todos ampliar el número y variedad de los dialogantes.

El presente libro de Luis Sáez, *Acontecimientos y hechos. El conflicto entre las tradiciones continental y analítica*, es un excelente ejemplo de esta actitud sabia. Luis Sáez tiene también la autoridad de haber leído con cuidado a filósofos analíticos —Frege, Wittgenstein o Austin, entre los clásicos; Quine, Davidson, Kripke, Putnam, Dennett o Searle, entre los protagonistas de la segunda mitad del siglo XX— de orientación varia y haber buscado y encontrado en ellos temas y doctrinas para un diálogo fructífero. El presente libro deja un testimonio claro de esto. Naturalmente, el alcance y la complejidad de la tarea la convierte en un programa de reflexión que requerirá un tiempo dilatado y el esfuerzo de tantos filósofos como deseen apuntarse a ella. Por lo que se me alcanza, no sólo es Luis Sáez un pionero en este territorio, sino también uno de los primeros en explorar mucho más que áreas marginales o restringidas. Comenzando por la doctrina del carácter ideal del significado (o del sentido) en la filosofía [/] de Frege y de Husserl, *El conflicto* se adentra en las maneras en que filósofos analíticos y continentales han medido sus fuerzas con esa doctrina y en diferentes alternativas surgidas en esa confrontación. Las cuestiones de la naturalización del significado, de la intencionalidad de los estados mentales, de las condiciones de la interpretación y del seguimiento de reglas emergen como escenarios en los que un filósofo analítico tendría mucho ganado de hallarse familiarizado con la obra de Heidegger, Merleau-Ponty, Gadamer, Deleuze, Apel, Habermas o Tugendhat entre muchos otros.

[p. 12]

Luis Sáez demuestra con el ejemplo creer que esta recomendación puede hacerse extensiva a todo filósofo, sin importar cuál sea la tradición con la que más se identifique.

Al escribir que el examen de las afinidades y las faltas de sintonía entre la filosofía analítica y la filosofía continental es un objetivo ambicioso no hacía una concesión a la retórica. Un peligro real que corre todo aquel que peque de falta de cautela en esa exploración es el de dar por sentado que 'filosofía analítica' y 'filosofía continental' son rótulos que designan cuerpos de doctrina bien definidos, no sólo internamente coherentes, sino uniformes. Por lo que respecta al término 'filosofía analítica', estoy convencido de que eso no es así. Ni lo es ahora ni lo ha sido nunca. Las distancias entre Frege y Russell, entre éste y el último Wittgenstein, entre Ryle y Carnap, entre Quine y Strawson o, últimamente, entre David Lewis y John McDowell rebasan con mucho la discrepancia sobre esta o aquella doctrina y alcanzan al corazón mismo de lo que se entiende por filosofía. Puesto que asumo que la situación dentro de la tradición continental no es más uniforme, se comprenderá que el proyecto que aborda Luis Sáez constituya todo un desafío. A pesar de ello, el autor demuestra sobradamente que las dos tradiciones son mucho menos ajenas la una a la otra de lo que el prejuicio ha venido dictando.

Una sola tesis de *El conflicto* sobre las diferencias entre filosofía analítica y filosofía continental quiero subrayar aquí para iniciar ya un diálogo con su autor. Es la de que la última categoría en la que la filosofía continental situaría la naturaleza del significado del lenguaje, la intencionalidad de la mente y su comprensión es la de [/] acontecimiento, mientras que la filosofía analítica situaría todo ello bajo la de factualidad. Para el filósofo analítico, nos dice Luis Sáez, lo que hay que aclarar es el estatuto de hechos del mundo del lenguaje y el pensamiento. Para su antagonista, en el fondo de estas cuestiones no hay hechos que descubrir o iluminar, por profundo que sea el estrato en que se encuentren. Significado e intencionalidad emergen de un trasfondo que no cabe ni describir ni explicar. Ésta es una afirmación para la polémica, en algunas de cuyas variantes se entrecruzan al menos dos doctrinas distintas.

Una es la de la imposibilidad de examinar nuestro sistema conceptual como un objeto natural más. Wittgenstein, por ejemplo, formuló esta doctrina insistiendo en la imposibilidad de salirnos del lenguaje. No tenemos por qué combatir este punto de vista haciendo como Russell, cuando le reprochó con ironía al autor del *Tractatus* el éxito que éste había tenido contando unas cuantas cosas acerca de lo que ni puede pensarse ni puede decirse. Sin embargo, sí que creo que tenemos

acceso a ese fondo opaco por caminos más indirectos. Lo creo porque encontramos sentido cabal a desajustes locales entre sistemas conceptuales y somos capaces de detectarlos. Y si se objeta a esto que no sabríamos qué hacer con un sistema conceptual racional *totalmente* distinto del nuestro, habríamos de responder —aprovechando una lección de Wittgenstein— que 'sistema conceptual racional *totalmente* distinto del nuestro' está vacía de contenido. Las palabras parecen obedecer la gramática, pero sólo lo parecen. El filósofo analítico repite una y otra vez, primero, que nuestras palabras no son vehículos de conceptos y pensamientos por encajar en los moldes de la morfología y la sintaxis; y segundo, que ese desajuste es a menudo *muy* difícil de detectar.

[/p. 14] La segunda es el rechazo del naturalismo. Un naturalista intransigente reclama hechos de la vida natural para explicar la comprensión de palabras y conceptos, de oraciones y pensamientos. Los proyectos naturalistas de dar cuenta de esa capacidad de manera acorde con sus exigencias sabemos que se enfrentan a obstáculos formidables. Sin embargo, existe una forma de naturalismo imposible de obviar, a saber: la que sostiene que todos comenzamos [/] nuestra andadura por el mundo con las muletas de nuestra dote genética; y que si nos sostiene suelo natural y cultural favorable, llegamos a ser dueños de fantásticas capacidades de pensamiento y lenguaje, de emoción y voluntad. Como esto no es un milagro, debe haber una explicación de por qué y cómo lo logramos. Así, un naturalista no tiene por qué elegir la vía heroica, pero incierta, del reduccionismo. Como sostuvo Strawson en un pequeño clásico de la filosofía analítica, *Skepticism and Naturalism*, el naturalista puede tener la lucidez de aceptar que la posesión de esas capacidades y la satisfacción de los cánones consiguientes no es incompatible con una descripción fisicista del mundo.

Esto no son más que dos observaciones para abrir una discusión prometedora con Luis Sáez y con otros que hagan como él. Una discusión que ellos habrán contribuido a hacer posible.

Granada, 24 de Diciembre del 2001

Juan José Acero